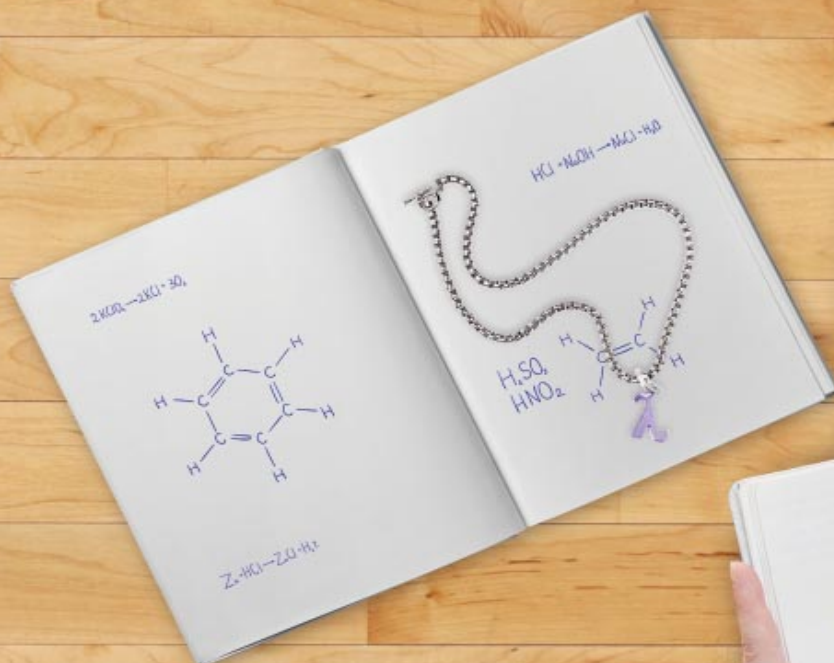


HALEY F.

ENAMORARSE:

¿bueno
o malo?



LA CALLE



ENAMORARSE: ¿BUENO O MALO?



ENAMORARSE: ¿BUENO O MALO?

© Haley F.

Diseño de portada: Dpto. de Diseño Gráfico La Calle

Iª edición

© Editorial La Calle, 2022.

Editado por: Editorial La Calle

c/ Cueva de Viera, 2, Local 3

Centro Negocios CADI

29200 Antequera (Málaga)

Tel.: 952 70 60 04

Correo electrónico: editoriallacalle@editoriallacalle.com

Internet: www.editoriallacalle.com

Reservados todos los derechos de publicación en cualquier idioma.

Según el Código Penal vigente ninguna parte de este o cualquier otro libro puede ser reproducida, grabada en alguno de los sistemas de almacenamiento existentes o transmitida por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de EDITORIAL LA CALLE; su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica.

ISBN: 978-84-16164-86-8

HALEY F.



ENAMORARSE: ¿BUENO O MALO?



Editorial La Calle
ANTEQUERA 2022

A Pedro, mi más fiel fan y mejor amigo.

ÍNDICE

Prólogo: Confesiones

1. De vuelta a la rutina
2. Novia posesiva
3. Lucía
4. Es mejor ser libre
5. Clases particulares
6. Llámalo X
7. En el olvido
8. Yo nunca
9. Joder...
10. A escondidas
11. Un verdadero ángel
12. Como una idiota
13. En sus brazos
14. Luce
15. Te esperaré
16. Tofu
17. Ey, pequeña...
18. Ships
19. Calla y bésame
20. ¿Por qué justo ahora?
21. Eres una idiota

- 22. Tengo un plan
- 23. La apuesta
- 24. Juguemos
- 25. Confía en mí
- 26. Estrellas
- 27. Estúpida
- 28. Espacio y tiempo
- 29. El amor es complicado

Epílogo

PRÓLOGO: CONFESIONES



—¿Y tú qué harás en las vacaciones de Navidad? —Escuché la voz de María que era apenas un susurro inaudible, pero que consiguió sacarme de mis pensamientos.

—No lo sé, seguramente me encerraré en mi cuarto hasta que acaben —contesté con voz cansada.

—De eso nada —dijo Alba apoyando su mano en mi rodilla consiguiendo que me estremeciera—. Antes de hacer eso, te vienes a mi casa. Para eso están las amigas, ¿no?

—¿Y si quedamos esta noche todas en tu casa? —dijo Celia incorporándose en la conversación.

—¡Eso, eso, fiesta! —la apoyó María.

—Tendría que preguntárselo a mi madre, pero seguramente dirá que sí.

—Pues eso, fiesta esta noche en tu casa, Al. Ya nos dices la hora por el grupo. Nosotras podemos llevar el alcohol —dijo María señalándose a sí misma y a Celia—. Tú encárgate de las chuches —añadió, ahora señalándome a mí.

—Yo no... —empecé a negarme, pero fue en vano, pues la alarma que indicaba el final del recreo calló mi voz.

Siempre intentaba evitar estas fiestas, pues tarde o temprano acababan hablando de chicos y siempre salía la pregunta: «¿Y a ti no te gusta ningún chico?», mientras todas esperaban expectantes ante una respuesta que jamás saldría de mi boca. Y es que yo era la única de las

cuatro que nunca había tenido novio o se había interesado por alguien en los dos años que llevábamos siendo un grupo.

En este tema de conversación siempre me sentía alejada de ellas, ponía mis oídos en modo off y solo prestaba atención a las historias que mi mente imaginaba. En las que solo estábamos Alba y yo, siendo algo más íntimo que mejores amigas, ahí todo es perfecto.

Sus abrazos que me embriagaban con su olor, sus sonrisas de complicidad, sus ojos que me miraban con afecto, sus manos suaves como plumas que acariciaban mi pelo. Todo es perfecto.

—Ey, idiota. Recoge, que ha sonado la alarma —dijo Alba sacándome de mi ensimismamiento con su peculiar dulce tono de voz.

—Voy —dije intentando disimular mis mejillas sonrojadas por haber sido pillada pensando en ella.

—¿Qué te pasa hoy? Estás en las nubes. Quiero decir... más de lo normal en ti, claro.

—Nada... Oye, no creo que pueda ir, porque...

—No más excusas —me interrumpió—, ya faltaste a la fiesta en casa de Celia. No sé por qué no quieres estar con nosotras fuera del horario de clases.

—¿Qué dices? Sí que quiero estar con vosotras —contesté mientras salíamos por la gran puerta e intentaba buscar la salida rápida a esa conversación por encima de las cabezas de los demás estudiantes deseando ir a casa, teniendo en cuenta de que ya no volverían hasta finalizar las vacaciones de Navidad. ¡Ahí está!—. Oye, ya hablamos, está allí mi padre.

Fui corriendo hacia el coche, dejando a Alba con la palabra en la boca. Me sentí mal por ello, pero desde que pensé en contarle lo que llevaba tres años ocultando, estaba demasiado nerviosa a su lado como para disimularlo. Llegué a mi casa y después de almorzar me tumbé en mi cama. Llevaba como dos horas tumbada, escuchando música con los cascos, cuando un mensaje hizo vibrar mi móvil. Era el grupo de WhatsApp de las chicas:

«Todo arreglado. A las siete y media en mi casa. No tardéis», dijo Alba.

«*Perfecto*», contestó María.

«*Bien* :)», escribió Celia.

Decidí abstenerme de contestar, desde entonces no paraban de comentar sobre lo que haríamos esa noche. Pasó como media hora hasta que decidí empezar a arreglarme, abrí el armario y elegí unos vaqueros negros y una sudadera azul. Cogí el móvil, la ropa interior y me dirigí al cuarto de baño mientras seleccionaba una lista de reproducción.

Cuando terminé de vestirme, me quedé enfrente del lavabo. El espejo encima de él reflejaba la imagen de una chica de pelo castaño y mechas rubias, ojos marrones y una sonrisa nerviosa. Quería confesarle mi secreto, pero cada vez que se lo iba a decir alguien nos interrumpía o las palabras no eran capaces de recorrer desde mi mente a mi boca. Di por terminado el recorrido de mis pensamientos a la vez que me giraba y salía del cuarto de baño.

Una vez en mi cuarto, me guardé en los bolsillos del pantalón las llaves, algo de dinero y el móvil con los cascos otra vez conectados a él.

Llamé a la puerta y Alba salió rápido. La seguí hacia su cuarto y una vez allí me quitó la bolsa llena de chucherías y las dejó sobre la mesa. Al ver que no habían llegado las otras me extrañé, pues solían ser muy puntuales.

—¿Y las otras?

—Les dije que se retrasaran 10 minutos. —Al oír eso mi mandíbula se tensó involuntariamente.

—¿Por... por qué? —titubeé.

—Es obvio que quieres decirme algo desde hace días. Y quería que me lo contases de una vez. Incluso las chicas se han dado cuenta y les pedí tiempo para que pudiéramos hablar tranquilas.

—Yo... yo no...

—¡Venga ya! Sabes que quieres decirme algo. Somos mejores amigas, puedes confiar en mí.

—No es cuestión de confianza... —empecé a decir, pero su mirada me indicó que estaba cansada de evasivas. Era ahora o nunca. Tenía que ser valiente por una vez en mi vida. Tragarme los miedos y enfrentarme al

precipicio del rechazo. Me senté en la cama y ella me imitó—. Llevamos siendo amigas mucho tiempo —Ella asintió dándome algo de fuerza—, pero hace cosa de tres años algo cambió, no sé muy bien qué, pero creo que... creo que me enamoré de ti.

Ella se quedó perpleja un momento y después... ¿estalló a carcajadas? ¿Creía que estaba de broma? Al parecer percibió la seriedad de mi rostro, porque el suyo cambió de inmediato.

—Estás de broma, ¿no? —Yo no respondí, solo me quedé callada—. No... no puedes hacerme esto. Yo confié en ti y ahora me vienes con esto. Te confié cosas que no le dije a nadie más y ¿ahora me dices que me quieres?

—No es como si yo pudiera controlarlo... —contesté con apenas un hilo de voz mientras mis ojos se humedecían.

—¿Pero qué coño estás diciendo? No te enamoras de tus amigas, no... no puedes...

Fue entonces cuando me levanté y me dirigí a la puerta, olvidándome de la bolsa, olvidándome de cómo ser feliz, olvidándome hasta de mi nombre, joder. Casi pude escuchar cómo se rompía mi corazón.

—Eso, vete, no quiero volver a verte JAMÁS.

Esas palabras se clavaron en mí como un doloroso puñal en mi pecho. Salí corriendo sin mirar atrás y al bajar por la calle me choqué con dos chicas, me pareció ver que eran Celia y María, pero seguí adelante.

Atravesé el portal de mi casa, sin darle importancia ya a las lágrimas que corrían por mi rostro. Me pareció ver a mis padres sentados en el sofá, sin embargo no me detuve y me encerré en mi cuarto. Al poco tiempo apareció mi padre, cauteloso, por la puerta. Yo estaba sentada en el suelo con la cabeza apoyada en mis rodillas. Él entró y cerró la puerta tras él.

—Marta, ¿qué ha pasado?

Levanté más la cabeza y sin pensarlo le abracé y empecé a llorar más fuerte. Me rodeó con sus brazos y apretó el agarre como si intentara juntar todos los trozos en los que mi alma se había convertido. Cuando

conseguí serenarme, me separé de él un poco y se sentó a mi lado atento a mí.

—Yo... le dije a Alba que la quería y... y... me dijo que... no quería verme más.

Al principio se mostró muy sorprendido ante mi confesión, pero luego me mostró una cara dulce que nunca había visto en él excepto cuando era pequeña. Y me volvió a abrazar, esta vez más suavemente.

—A veces esas cosas pasan cuando un amor no es correspondido —empezó a hablar—. Cuando tenía tu edad más o menos, un amigo me confesó que me quería. —Me quedé atónita ante esta declaración—. Yo le dije lo más amablemente que pude que no sentía lo mismo que él, pero podríamos seguir siendo amigos. Él me abrazó y me dijo que la anterior vez que le dijo eso a un chico llegaron a pegarse. —Hizo una breve pausa y continuó—: Pensábamos decírtelo en la cena, pero será mejor ahora. He conseguido un trabajo, pero es en otra ciudad. Tu madre habló con su hermana y dijo que podríais quedaros en su casa si no queréis iros de la ciudad. Tu hermana seguramente se quede aquí. Pero si tú quieres, puedes venirte con nosotros. Piensa que quieres hacer. —Apoyó una mano en mi hombro y luego se levantó.

—¿Puedes traerme la comida cuando esté hecha? No me apetece comer en el salón.

—Claro. Pero no te acostumbres —dijo sonriendo y provocó que yo también lo hiciera. Abrió la puerta, pero se giró de nuevo como si algo se le hubiera olvidado y dijo—: Si piensas que tendremos algún problema con tu sexualidad, olvídalo. Solo queremos lo mejor para ti.

La verdad es que esas palabras me calmaron bastantes y estoy segura que desde aquel día la relación que tenía con mis padres iba a ser más cercana, o al menos con mi padre. La propuesta que me había hecho era bastante buena, dar tierra de por medio a esta experiencia dolorosa y de su causante. Pero sería mejor consultarlo con la almohada.

1. DE VUELTA A LA RUTINA



Toda mi vida y la de mis padres estaban encerradas en cajas, en cajas que están metidas en el camión que viene tras nosotros. Como es de costumbre, la música procedente de mi móvil recorría el cable de los auriculares a todo volumen hasta llegar a mis oídos. Llevando con ella una sensación de nostalgia, pero también de liberación. Y no es por el hecho de huir de mis fantasmas, sino por la posibilidad de empezar de cero en un lugar donde nadie me conoce ni a mí ni mis errores.

Aparté la vista de la ventana, de los paisajes que antes veía a diario, pero que ya no formarían parte de mi rutina. Dirigí mi mirada, que aún transmitía el dolor producido por las palabras de Alba, hacia el espejo retrovisor del coche. Ahí me encontré con los ojos tiernos de mi padre, como si intentara decirme: «Lo sé, cariño, sé que duele», y sonreí amargamente.

No sé si tomé la decisión correcta al acceder a irme con mis padres a una ciudad nueva, supuse que lo averiguaría más adelante. Pero no creía que fuera capaz de verla de lejos todos los días, muriendo cuando viera que ella no me miraba, o al menos no como antes solía hacerlo. Y renaciendo cada mañana con la esperanza de que algo hubiera cambiado.

Pero si algo había aprendido con esto, era ser valiente. Porque a pesar de que soltar la verdad me hubiera jodido todo lo que había construido, ya no gastaría más tiempo creando historias sobre nosotras con un final feliz. Y también fui capaz de ver la cara oculta de la moneda. Y me di cuenta de que cuando queremos a alguien, solemos idealizarle,

pensar que es la mejor persona que jamás conoceremos. Aunque tristemente no fue así, al menos no con Alba.

Al día siguiente empezaban las clases en el nuevo bachillerato. Al final las vacaciones fueron tal y como le dije a María: encerradas en mi cuarto. Mis padres no pusieron ninguna pega al saber que necesitaba estar a solas para lamer las heridas que ella causó, no solo en mi corazón.

Mi nuevo cuarto era un poco más grande que el anterior, e incluso tenía un balcón en el que estaba sentada. Pero supuse que los recuerdos que te traen un lugar, atraen más que su amplitud. Pero puestos a tener que empezar de nuevo mi vida, creía que este era un buen lugar. Aún apestaba a pintura fresca y quedaban algunos periódicos pegados en los muebles. El reproductor que me regaló mi tía empezó a expulsar notas diferentes a las anteriores, creando una canción romántica y asquerosamente cursi. Por lo que me levanté sin dudarlo para cambiarla.

Busqué en mi móvil conectado al reproductor una lista de canciones más adecuada para este momento. «*Indie rock*», esta valdría. Fui hacia la única caja que aún quedaba en el cuarto y observé su interior. Una camiseta verde de manga corta en la que se leía: «Mi idiota», varias cartas, una pulsera de tela con el nombre de Alba y una foto de nosotras en la playa.

Volví a cerrarla y la levanté del suelo. Me subí a la única silla del cuarto y logré colocarla con cuidado encima del armario. Sé que debería tirarla a la basura, si lo que quería era olvidarme de ella. Pero era incapaz de tirar los regalos que ella me hizo en cada cumpleaños cuando aún éramos amigas. No pude hacerlo, no todavía. La herida estaba demasiado fresca y sabía que mi masoquista corazón aún no quería despedirse de nuestros recuerdos.

Volví a mi anterior posición en el balcón y miré el cielo. Cuando la voz de mi madre me llamó desde la planta baja, me di cuenta de que se había hecho de noche y de repente una brisa nocturna me caló hasta los huesos. Recorrí el interior de mi nueva casa hacia el lugar de donde

procedía la voz y encontré a mi madre apoyada en la pared a los pies de la escalera.

—Tu padre me ha llamado para ir a cenar. —Bufé, lo que menos me apetecía ahora era que me arrastrasen a comer a un bar, y escuchar conversaciones aburridas. Ella pareció percibirlo, pero hizo caso omiso y continuó hablando—. Vístete si quieres venir, si no quieres, puedes quedarte en casa.

—Creo que prefiero quedarme aquí.

—Vale, tienes la cena en el microondas. —Supuse que esperaba que mi respuesta fuera esa, ya que se la llevaba dando desde que habíamos llegado aquí.

—Vale.

Regresé al cuarto para coger el pijama, compuesto por unos pantalones largos y una camiseta de manga corta. Y luego me fui a la ducha.

Me despertó la alarma de mi móvil. Me limpié el sueño acumulado en mis párpados con las palmas de mis manos, me reincorporé en la cama y miré hacia la mochila que estaba apoyada en el armario. Me levanté con dificultad de la cama mientras pensaba: «De vuelta a la rutina», y un suspiro escapó de mis labios.

Una vez vestida y peinada, bajé al salón donde ya estaban mis padres desayunando. Mi padre al verme levantó su taza de café ofreciéndome con ese gesto una para mí. Asentí y él se fue hacia la cocina. Tomé asiento en la silla más cercana y observé a mi madre. Me sonrió y tomó un sorbo a su café.

—¿No vas a llevar mochila hoy? —me preguntó algo extrañada.

—No. Puedo llevar los libros en las manos, tampoco está tan lejos de aquí.

—Vale, cuando llegues tienes que dirigirte a la oficina del director, él te dará todo lo que necesitas.

—¿Sabes dónde es? —le pregunté a la vez que cogía el café que me tendía mi padre tras haber salido de la cocina.

—No. Tendrás que preguntar a alguien. No creo que te sea un problema, nunca has sido una persona tímida —respondió mi madre

con una sonrisa cariñosa.

Después de terminar el desayuno, me fui andando siguiendo las instrucciones que mi padre me había dado. No fue difícil de encontrar, ya que era un edificio bastante alto. Cuando entré por las puertas, observé mi alrededor y mi vista se centró en un chico apoyado en la pared, parecía que esperaba a alguien. Así que me dirigí hacia él.

—Hola. Soy nueva y me han dicho que tenía que ir a la oficina del director, pero no sé dónde es. ¿Podrías decirme dónde es? —El chico me observó curioso y sonrió.

—Claro, tienes que ir hacia la derecha, y luego es la primera puerta a la derecha también —dijo mientras me indicaba con la mano—. No tiene pérdida. Por cierto, soy Marcos —concluyó mientras me tendía la mano.

—Gracias. Yo soy Marta —dije a la vez que le estrechaba la mano—. Adiós.

Cuando llamé a la puerta que Marcos me había indicado, una voz grave desde el otro lado de la puerta dijo:

—Adelante. —Y abrí la puerta despacio.

Se trataba de un hombre de unos cuarenta años. Tenía en el pelo algunas canas desperdigadas, sus facciones eran robustas y en su nariz se apoyaban unas pequeñas gafas. Transmitía respeto, pero a su vez la sonrisa de su rostro reflejaba confianza.

—Hola, soy Marta, la chica nueva —le dije mientras cerraba la puerta a mis espaldas.

—Encantado. Toma asiento, por favor. —Me senté en una silla enfrente de él y entonces continuó—: Me llamo Manuel. Aquí tienes tu horario y un plano con las clases para que sepas hacia dónde dirigirte —dijo tendiéndome dos papeles—. Como veo que no has traído mochila, creo que será mejor que te pases a por tus libros a secretaría cuando acabe el día.

—Gracias.

—¿Por qué te has cambiado de escuela a mitad de curso? Es solo por curiosidad —aclaró al ver cómo se tensaba mi mandíbula.

—Supongo que necesitaba cambiar de aires.

—Claro. Si tienes algún problema con algún alumno o profesor, puedes hablarlo conmigo. ¿De acuerdo? —Asentí—. Bien, pues ya